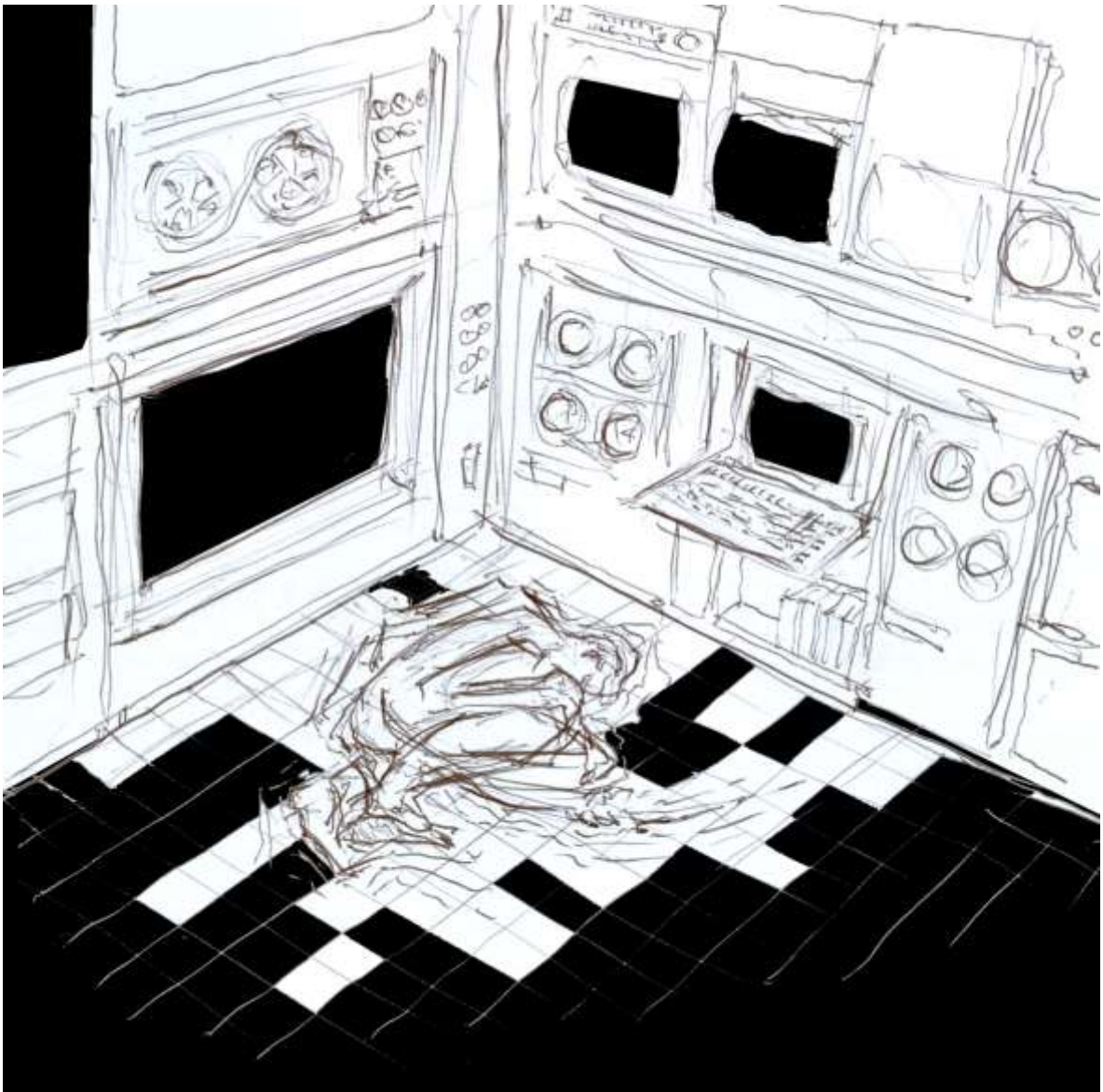


10.

INDIVIDUALISMO Y MUNDO NATURAL

ENSAYO ESCRITO EN SEPTIEMBRE DE 2.008.



*Además de haber sido, en el pasado,
suicidas, homicidas y etnocidas,
ahora comenzamos a ser ecocidas.
El capitalismo ¿nos llevará a ser, pronto,
también geocidas?*

Leonardo Boff

1. LA CREATIVIDAD DE LA CODICIA.

La codicia, aquella ansiedad irrefrenable y excesiva de acumular riquezas que viene acompañando al ser humano desde la Antigüedad, no descansa, es insaciable, no admite reparos morales ni límites físicos. Por el contrario, es capaz de desarrollar una insensata y febril creatividad que le permita sortear la moral y derribar y traspasar las barreras físicas y en general, todo obstáculo de cualquier dimensión que impida su desbordado afán acumulador de riqueza. La conducta de la agresividad, el saqueo, y la injusticia, anida en las entrañas de la codicia y sólo se detiene y cambia de rumbo cuando nada queda, cuando todo está arrasado.

Todo indica que la codicia anidó en el ser humano hace ya muchos miles de años, cuando en el mundo natural y ecológicamente pleno de las primeras aldeas agrícolas, se produjo ocasionalmente una sobreproducción que permitió vislumbrar la posibilidad de acumular excedentes agrícolas como medio de garantizar la sobrevivencia por períodos más prolongados. Quienes aprendieron a manejar y ordenar esos excedentes adquirieron poco a poco una jerarquía superior, creando vínculos de poder, privilegio y dependencia dentro de estas sociedades que hasta entonces eran igualitarias y comunitarias. Bien pronto este poder, adquirido a partir del conocimiento y la técnica para acumular riqueza agrícola, abrió el camino a otras formas de poder como la posesión y acumulación de seres humanos y de minerales atractivos y únicos como el oro, la plata y las piedras preciosas que, desde entonces, pasaron a ser símbolos estables de control y dominio de unos pocos sobre otros muchos. Ese mismo poder demandó el privilegio de unas mejores condiciones de alojamiento dando lugar al surgimiento de un oficio especializado que más adelante sería reconocido como arquitectura. El parto de la codicia estaba ocurriendo y en tal acontecimiento se iniciaba el resquebrajamiento de la solidaridad humana, el cual se ha ido acrecentando considerablemente desde entonces hasta nuestros días.

La codicia fue gestando conflictos entre pueblos, el conflicto se convirtió en hábito y finalmente en conducta y carácter. La importancia de un pueblo fue valorada por su carácter guerrero, por la capacidad de invadir y poseer violentamente amplios territorios y el Imperio Romano fue en la historia antigua, el momento culminante de esta conducta. Más adelante, con ocasión del descubrimiento europeo de América en 1492, comenzó a desbordar lo continental, lanzándose a la dimensión global, a la conquista de toda la riqueza del planeta. Fue cerebro y músculo del naciente capitalismo mercantil impulsando la creación de nuevos navíos que tejieron en el océano Atlántico un inmenso, doloroso y sangriento triángulo de navegación entre África, América y Europa. Un triángulo infame en el cual, con codicia delirante, los europeos se desbordaron en masacres para saquear el oro, explotar indígenas, esclavizar africanos, comercializar el azúcar y acumular capital para ampliar el poder de expansión, dominio y explotación.

En esos términos, fue creándose y afinándose toda la infraestructura financiera que hizo que este inmenso triángulo beneficiara el desarrollo económico europeo e iniciara el sometimiento y empobrecimiento de los pueblos nativos

americanos y africanos. Según Eduardo Galeano¹, sociedades enteras fueron aniquiladas o descuartizadas; en un siglo, sobrevivieron aproximadamente 6 millones de unos 82 millones de indígenas que habitaban América antes de 1492. Este colosal genocidio, el más grande de la historia humana, ha sido ocultado cuidadosa y eficientemente por la historia occidental y desde hace unos 3 siglos, los niños de las Américas lo aprenden a conocer piadosa y benévola como la cristianización de América. Galeano, al preguntarse a cuántas Hiroshimas equivalieron los exterminios sucesivos de la esclavitud, responde con un estudio de Caio Prado según el cual, hasta principios del siglo XIX habían llegado, sólo al Brasil, entre cinco y seis millones de esclavos africanos². En el naciente capitalismo, la codicia humana demostraba ser capaz de cualquier nivel de monstruosidad con tal de responder su insaciable e infame voracidad.

El capitalismo se convertía así en el motor de la historia moderna y su ansiosa creatividad para acumular y multiplicar riquezas, se movió en todos los sentidos y direcciones. Como la codicia encontraba que el tiempo necesario para mover oro, esclavos y mercancías, era insatisfactorio, comenzó a desarrollar la técnica hacia un mejor aprovechamiento del viento en los navíos con el fin de ampliar su capacidad de carga esclava y simultáneamente, surcar en menor tiempo el Océano Atlántico. En la insaciable voracidad capitalista, el tiempo comenzaba a ser demasiado importante pues a más velocidad de navegación, más rapidez en la reproducción y acumulación del capital. La naturaleza comenzó a ser entendida no sólo como un enorme depósito de riquezas sino también como una infinita disponibilidad de energías para su rápida extracción, lo cual demandaba un mayor desarrollo del conocimiento y de la técnica. De este modo ciencia y técnica, puestas al servicio de la versión capitalista de la codicia, sentaban las bases para el desarrollo industrial de la economía y para ese colosal hecho histórico conocido como la Modernidad.

Adam Smith decía que el Descubrimiento de América había elevado el sistema mercantil a un grado de esplendor y gloria que de otro modo no hubiera alcanzado jamás. Según Sergio Bagú, “*el más formidable motor de acumulación del capital mercantil europeo fue la esclavitud americana, a su vez, ese capital resultó la piedra fundamental sobre la cual construyó el gigantesco capital industrial de los tiempos contemporáneos*”.³ La trata de negros fue el principal resorte que puso en marcha cada rueda del engranaje. Se propagaron los bancos en Manchester, Liverpool, Bristol, Glasgow y Londres y la empresa de seguros Lloyd's acumulaba ganancias asegurando esclavos, buques y plantaciones de azúcar. Con fondos del comercio negrero se construyó el gran ferrocarril inglés del oeste y nacieron industrias como las fábricas de pizarras de Gales. El capital acumulado en este comercio triangular, hizo posible la máquina de vapor: su inventor, el escocés James Watt, fue subvencionado por mercaderes que habían hecho su fortuna con la esclavitud. Ese mismo capital puso al arquitecto a su servicio, no sólo para el diseño y

¹ Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, Bogotá 2.000, págs. 71 a 114

² Eduardo Galeano, *Opus cit.* Págs. 101 a 112.

³ Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*, Buenos Aires, 1949. pág. 38.

construcción de los grandes palacios y mansiones sino para hacer el esplendor de Londres hacia la mitad del siglo XIX.

El mundo comenzaba a convertirse en mercancía y ello necesitaba no sólo de un aceleramiento del desarrollo científico y técnico sino también de una transformación de las instituciones que estructuraban la vida del hombre. Hacia el siglo XVII, la solidaridad y el sentido comunitario, las máspreciadas conductas que hicieron posible la supervivencia de la especie humana **en la mayor parte de su historia**,⁴ eran ya el más serio obstáculo para el desarrollo económico basado en la industrialización. Era inevitable que el pensamiento capitalista se inquietara y elaborara sus propios argumentos y teorías a partir de temas como la suerte final del hombre, los fenómenos económicos que pudieran determinar lo humano y particularmente su vitalidad interna y su fuerza de trabajo, que era preciso liberar para su máximo aprovechamiento económico y productivo. Surgían así los temas de la individualidad y la libertad.

2. EL INDIVIDUALISMO COMO PRINCIPIO MORAL.

El pensamiento capitalista eleva entonces al individuo a la consideración de medida suprema de toda razón y moral. Se trata de una idea abstracta y universal de individuo, despojada de toda particularidad social, económica, cultural o geográfica. El capitalismo necesita moverse en un mundo abstracto, universal, donde todos los seres son cifras. Desde esa idea abstracta, se supone que la sociedad debe constituirse a partir del individualismo, que la individualidad es la naturaleza más íntima del ser humano y que esa individualidad ha estado amordazada por lo comunitario, impidiendo la iniciativa de cada uno hacia una mayor realización y beneficio personal. Se completa el argumento afirmando que es la particular fuerza productiva de cada individuo la que posibilita el desarrollo de la sociedad y por lo tanto, deben darse las condiciones óptimas para su plena libertad de realización.

Con esta entronización del individualismo lo público va perdiendo interés y lo privado se convierte en el centro de la vida humana. La naciente sociedad capitalista va implantando las siguientes características de conducta: a) el desarrollo de la individualidad debe estar por encima de lo social; b) el acento de la existencia no se pone ya en el compartir, sino en el diferenciar por medio de lo absolutamente propio; c) lo propio se logra a través del papel a desempeñar como fuerza productiva en la división del trabajo. Lo común es obstáculo, el Estado que debe regular las relaciones entre lo público y lo privado, es visto con recelo, como amenaza para la libertad individual. La diferencia es ahora una exigencia moral. Está naciendo la Modernidad y con ella, la sociedad capitalista industrial.

⁴ El Homo Sapiens aparece hace unos 160.000 años y vive unos 152.000 años, como los demás seres vivientes, en una conducta de solidaridad y complementariedad con todo el mundo natural. Las primeras civilizaciones surgen hace apenas unos 8.000 años, lo que apenas constituye el 2% de la historia humana. La Civilización Occidental surge en la Grecia Clásica, hace unos 2.600 años y el capitalismo moderno industrial, hace unos 200 años, desarrollando progresivamente una conducta antagónica a la originaria de su especie Homo Sapiens. *Nota del autor.*

Sin embargo, esta importancia del individuo se torna paradójica en los siglos XIX y XX. En la moderna división del trabajo, el hombre no puede desarrollar su potencial ni establecer unas relaciones a plenitud con sus semejantes pues en la nueva sociedad industrial capitalista, su especialización lo compartimenta socialmente, limitando sus relaciones humanas al ámbito profesional y al trato de los más allegados. El individuo, y más específicamente su personalidad, va desapareciendo detrás de sus funciones productivas, opacando y restringiendo su verdadero potencial humano. Y por supuesto, surge el imperio del dinero que de raíz transforma la realidad: todo lo existente, personas y objetos, ha de ser apto para el cambio, todo se convierte en mercancía, todo se transforma en un vasto sistema ideológico donde las relaciones del mundo de la vida son reducidas al cálculo y la racionalidad. Así, aislado y hecho mercancía, lo humano de cada individuo inicia un peligroso proceso de deterioro.

Los efectos destructores de lo humano se multiplican aún más. En la racionalidad capitalista, el entorno humano convertido en mercancía tiene sentido si opera en él un cambio permanente. Esta racionalidad tiene especial debilidad por la rápida multiplicación de estilos de vida cotidiana: la vivienda, el mobiliario, la vestimenta, los aparatos domésticos y los de uso personal deben cambiar constantemente y la ciencia, la técnica y el arte son solicitadas para ese efecto. La rapidez de esos cambios amplía el espectro de posibilidades para la reproducción del capital y la producción industrial lo facilita. Pero, esta dinámica multiplicidad de estilos de vida hace imposible una experiencia unificada de la cultura, la cual se disgrega en un extraño e irregular conjunto de objetos producidos en serie que pasan velozmente por la vida de cada hombre y con los que no cabe identificación afectiva alguna. La vida se percibe como una sucesión ininterrumpida de estímulos que el individuo es incapaz de asimilar. El hombre moderno no es un ser cultivado sino un ser saturado. Lo peor: esta cultura asfixiante y abrumadora, evoluciona aceleradamente y sin control.

3. ALGUNAS VERDADES SOBRE EL CONCEPTO DE DESARROLLO.

Hacia la mitad del siglo XX, apenas saliendo del horror de la Segunda Guerra Mundial, la economía norteamericana encuentra las mejores posibilidades históricas para la expansión y reproducción de su capital. Se trata de imponer en la más amplia extensión posible del planeta, el desarrollo clásico basado en la industrialización, la colonización de suelo urbanizable como requisitos para la novedosa propuesta de una sociedad de consumo. Hay gran ansiedad de paz en el mundo y el modelo de vida americano llena el horizonte como oferta indiscutible para gozar esa paz. La industrialización demanda una insólita intervención y transformación del territorio mediante la extracción y transporte de materia prima y recursos energéticos que exigen la construcción vías férreas y carretables, redes, embalses, canales, túneles, viaductos etc, así como la construcción o ampliación de universidades e institutos para la preparación de profesionales y técnicos. Es la infraestructura básica para hacer posible un escenario de seductoras comodidades espaciales a las que la ciencia y la tecnología han hecho sus mejores aportes. El contenedor de este escenario es la ciudad. Allí, supuestamente el ser humano va a encontrar la

más abundante e inimaginable oferta de aparatos y utensilios para la producción y reproducción de la vida material. Su posesión significa felicidad, confort, estatus.

Este modelo de desarrollo establece un particular aprovechamiento del mundo natural, conceptualizando todo lo viviente e inerte como meros recursos destinados a convertirse en mercancías. Su expansión forma parte de las estrategias norteamericanas que entienden muy bien que, en un mundo en Guerra Fría donde se enfrentan a muerte el mundo capitalista y el mundo socialista, la pobreza de amplios sectores de la humanidad puede ser peligrosa para sus intereses, especialmente en países donde la infructuosa protesta de sectores de la población ha pasado a la guerra subversiva. Se trata entonces de aliviar en alguna medida esa pobreza mediante la inversión de algún capital rentable, pero principalmente se trata de crear el espejismo de que ese modelo de vida puede ser alcanzado por todos.

Conocido posteriormente como “desarrollismo”, este modelo es aplicado con estrategias diferentes según se trate de países industrializados o en alguna etapa del camino hacia la industrialización, a los cuales se les va a denominar “países tercermundistas”. Para estos últimos, esas estrategias conllevan una política de dominación y dependencia agenciada mediante la idea y difusión de un mundo lógicamente dividido en países “donantes” y países “carentes”. Por supuesto, para América Latina el país “donante” en lo económico, político y cultural, es Estados Unidos. Es precisamente en 1961, en la Conferencia de Punta del Este, Uruguay, cuando el capitalismo norteamericano se presenta como el gran país “donante” de capital y tecnología para el desarrollo, por medio de su plan llamado “Alianza para el Progreso”, el que supuestamente permitirá superar la pobreza y alcanzar la seductora panacea. Con generalizado regocijo los gobiernos de todos los países latinoamericanos aceptan el papel de “carentes” con la honrosa excepción de Cuba, representada por el Che Guevara, quien con visionarias palabras denuncia los alcances de la patraña y vergonzosa sumisión que encierra el discurso del modelo desarrollista.

4. LA HABITABILIDAD INDIVIDUALISTA.

El mejor escenario de verificación de los resultados de este modelo es la gran ciudad, la metrópolis donde el desarrollo se fundamenta en la racionalidad industrial. Esa racionalidad productiva permea todo ámbito de actividad humana. Habitar la metrópolis exige una sociabilidad calculadora, una capacidad especial de orientar todo tipo de relación con precisión, certeza y frialdad. La razón es simple: al entronizar el individualismo en la sociedad, se ha entronizado la codicia. Desatado el individualismo, posible en tanto pueda tener objetos, cada uno está en capacidad de tener más que los demás y ello, lógicamente produce una competitividad ferozmente agresiva. El individualismo, irá aceptando en el más alto lugar de los valores sociales al egoísmo, generando unas relaciones formales y frías entre personas de un modo tal que cada cual es tratado como un medio y donde la actitud calculadora desplaza el sentimiento y la espontaneidad. Se trata sin embargo

de un egoísmo a la defensiva, pues frente a esa cultura desbordada, que abrumba con su permanente novedad, se hace urgente y necesario preservar el yo y evitar su disgregación.

En la gran ciudad, las multitudes en el espacio público favorecen el anonimato, una experiencia imposible dentro de la sociedad comunitaria. Pero esta experiencia tiene un alto precio: la soledad de estar en medio de tanto desconocido y la incertidumbre que genera tan masiva presencia de seres en permanente y feroz competencia. Y más aún, el terrible abandono, la pobreza y la miseria acechan a quien no alcanza el triunfo en esa competitividad feroz. En estas circunstancias, el individualismo siente la imperiosa necesidad del dominio íntimo, de la privacidad que le permita refugiarse de la incertidumbre, que le permita escapar a la disgregación y degradación humana que lo acosa por doquier. Para combatir el anonimato urbano es inevitable cultivar la individualidad, hay que sobresalir, hay que ser diferente y esto es alcanzable con la compra y posesión de mercancías y en últimas, con la extravagancia. En ambos casos, el ejercicio de la individualidad se logra a través del distanciamiento del prójimo, de la competitividad feroz, del cultivo del capricho, del individualismo narcisista. El egoísmo se ha hecho hábito al igual que la indiferencia hacia lo público y la independencia, bajo la forma de autosuficiencia, se convierte en valor moral. La gran ciudad refleja nítidamente el espíritu racional, materialista e inhumano de la economía capitalista. El diseño es puesto al servicio del refinamiento y la extravagancia.

Comenzando el siglo XXI, las promesas del capitalismo se desvanecen por doquier. Hace tres siglos, todo parecía posible con el advenimiento del capitalismo y con su gran proyecto de Modernidad y Progreso. El mundo rural, atrasado y pobre, vaciaba precipitada y dolorosamente su población en la ciudad culta y llena de promesas de una mejor vida, convirtiéndola así en enorme metrópolis. Ésta era el lugar indicado para un individuo que podía ocultarse en el anonimato del nuevo mundo urbano y preservar así la subjetividad. Los medios de transporte, cada vez más cómodos y rápidos, iban a facilitar por su parte la movilidad espacial hacia las fábricas, oficinas y demás lugares de trabajo, donde teóricamente se podría ejercer su individualidad productiva y por lo tanto, su éxito social. Este mundo urbanizándose y modernizándose social y económicamente, debía traer consigo el desarrollo de la economía monetaria. La extensión del mercado implicaba una nueva consideración de los seres humanos que ahora podían establecer relaciones contractuales liberadas de las antiguas trabas del mundo tradicional. El universalismo iba a regir esta sociedad moderna: sin importar el país y la cultura, todos los individuos tendrían en principio, el mismo valor; todos al ser unidades de características similares, se realizarían a través del cumplimiento de una tarea productiva específica.

Pero esta sociedad moderna, que se presentaba como el marco ideal para una gran autonomía de lo humano, resultó generando una profunda indiferencia hacia los demás. La estructura de la división del trabajo especializado, lejos de ser un conjunto armónico de unidades distintas orientadas al beneficio de la sociedad, lejos de facilitar la realización de la condición humana, una vez que el individuo hubiera encontrado el lugar que más se ajustara a sus capacidades

personales, resultó ser fuente de una atomización nueva, desconocida. La colectividad no resultó ser un conjunto de ciudadanos sino una multitud de seres individualistas, viviendo una cotidianidad angosta, movidos por objetivos utilitaristas y mezquinos, con una cultura ramplona y con una indiferencia generalizada que ahoga todo rasgo de interés en lo público.

El distanciamiento, la competencia feroz y la desconfianza se apoderaron de las relaciones humanas. La diferenciación social trajo consigo la alienación y el entorno físico industrialmente producido fue siendo percibido como ajeno e impersonal. Aunque el entorno parecía ofrecer una notable abundancia de posibilidades, la humanidad se iba sintiendo cada vez más sumergida en un angustioso vacío. El progreso estaba resultando acompañado por una creciente y amenazante falta de control sobre la realidad. Las esperanzas del capitalismo en su proyecto moderno e industrial, se derrumbaban. En medio de todas estas frustraciones, el capitalismo emergió con muchas esperanzas de revitalización en la alborada del siglo XX. Resultó ser, sin embargo, el más sangriento siglo de la historia humana.

Miles de conflictos y guerras de todo orden y tamaño han hecho del siglo XX un siglo difícil de definir en lo que a la idea de progreso se refiere. De las dos guerras mundiales de 1914-1918 y 1939-1945, han emergido los EE.UU., como la gran potencia mundial y en la alborada del siglo XXI, como el único y enorme imperio, en realidad, el más grande de la historia. Hoy en día, su poderío industrial, tecno científico y militar rebasa a gran distancia al de cualquier otro país de la Tierra. Desde la segunda mitad del siglo XX, vienen realizando una bien calculada estrategia de diversa agresividad sobre los diferentes países del mundo. El fin es por supuesto, apropiarse de la riqueza de cada uno de ellos, para lo cual establecen y sostienen un dominio económico y político, empleando según sea el caso, toda forma de intervención incluyendo la militar, con el objetivo de des-estructurar sus culturas y economías, para re-estructurarlas y ponerlas al servicio de sus propios intereses.

La apropiación de las riquezas de las naciones, por parte de los EE.UU. ha sido todo un éxito y gracias a ello han logrado ocupar el primer puesto en la economía mundial. Objetivo central de su política imperial ha sido el sostenimiento de esa posición económica y de su consecuente calidad de vida, para lo cual se ha permitido conseguir el 51% de la energía que actualmente se produce en la Tierra, lo que significa que sus 294 millones de habitantes, en un planeta habitado por 6.500 millones, se apoderan de un poco más de la mitad de esa energía. Pero semejante arbitrariedad no termina ahí: otros 14 países, que constituyen el grueso de los demás países capitalistas desarrollados, consumen otro 20% más, lo que le deja apenas un 29% de la energía terrestre a los 178 países restantes de la Tierra. Irónicamente, son estos 15 países liderados por los EE.UU., quienes en nombre de la democracia, se reúnen periódicamente en grandes foros mundiales para discutir estrategias supuestamente encaminadas a combatir el hambre y promover el progreso y desarrollo de un planeta al que injustamente le arrebatan casi toda su energía.

¿Cuál es esta calidad de vida que hace que los norteamericanos, que son apenas el 4.9% de la población mundial, acaparen el 51% de la energía que se produce en la Tierra?

Después de visitar los EE.UU., Alexis de Tocqueville, un gran analista e historiador francés, afirmaba en 1856⁵ que los hombres de esta sociedad *“abdicar paulatinamente de su condición de ciudadanos para pertrechar su vida de pequeños deseos, nimias necesidades y comodidades continuas y baratas.... Incapaces de elevarse por encima de sus metas cotidianas y azuzados por su pasión por lo material, los americanos se centran en su experiencia inmediata. El bienestar material se persigue de una manera tan ansiosa que se transforma en una magna empresa que corroe los perfiles de la dicha. La vida es ahora una vana persecución de una felicidad fantasmagórica que adopta tantas formas como objetos materiales existen y que huye constantemente del alcance del individuo. Una vez que lo material se ha convertido en principal objeto de deseo, la estabilidad se vive como la anticipación de la muerte...Carentes de ilusiones que vayan más allá de lo puramente individual, sólo se sienten vivos cuando activan su deseo desenfocado y mantiene su alma en una especie de agitación incesante que les lleva a cambiar constantemente de proyectos y de lugar”*. Se trata entonces de una calidad de vida que gira en torno a un consumismo ansioso por lo banal y material y que, por ser efímero, produce un desesperante vacío espiritual.

5. LA FRENÉTICA AUTODESTRUCCIÓN DEL CAPITALISMO.

Este perfil de los norteamericanos nada ha cambiado después que lo definiera Tocqueville hace 150 años. La única diferencia está en la intensidad de su pasión por lo material que se ha desbordado hasta el punto de necesitar del 51% de la energía del planeta sin importarles la estrechez de condiciones en que dejan sumidos a las grandes mayorías de los pueblos de la Tierra. Porque lo que se vislumbra de manera concreta en el futuro de estas grandes mayorías es un oscuro panorama si el gran Imperio Norteamericano mantiene o incrementa aún más, su política de saqueo sobre todo lo que existe en el globo terráqueo, como efectivamente lo está haciendo con su política neoliberal. Pero, en este demencial derroche de energía, el Gran Imperio arrastra tras de sí no sólo a los otros 14 países desarrollados sino a un elevado número de países en vía de desarrollo que, en los últimos 60 años han sido seducidos por el modelo de vida norteamericano. En este último caso, unas minorías que no van más allá del 10 o el 15% de la población, viven o pretenden vivir ese modelo que seductoramente han logrado imponer a través de la TV, la prensa y el cine y, por supuesto, a través de acuerdos comerciales y políticas económicas pactadas con ellos y con todo el sistema imperial que incluye el Banco Mundial, el BID, la OMC, el FMI, etc.

¿Hasta cuando puede sostener este imperio semejante modelo de insensatez e injusticia?

⁵ Tocqueville Alexis, *La democracia en América*, Garnier Flammarion, Paris, 1981.

Sólo hay dos posibilidades. En la primera, el modelo continuaría hasta que esa insensatez arrastre a los norteamericanos y con ellos, a la Humanidad, a un impensable abismo de agotamiento de energía en todos los continentes. Se trataría de un escenario dantesco de conflictos, saqueo y hambre, es decir, un escenario donde se multiplicaría horrorosamente toda aquella agresividad e injusticia producida en los últimos 300 años. En esta primera posibilidad, se sobre entiende que los sucesivos gobiernos norteamericanos posteriores al presidente Bush, van a continuar la política de codicia, demencialmente agresiva y van a llegar a un punto de no retorno donde, caídos ya en desesperación final ante sus desastrosos resultados, aplicarán inmisericordemente su poderío militar con tal de mantener su privilegiado e injusto modo de vida. Sería el final apocalíptico de un imperio que ha logrado serlo mediante el saqueo de las riquezas del planeta y también mediante la acogida de las imágenes y realidades efímeras que ha proyectado en las demás naciones. Pero tales imágenes ya nunca jamás serían fructíferas: en este caso la única retribución sería la de un infierno globalmente desatado por el consecuente y generalizado odio del resto de los pueblos.

Esta primera posibilidad ya está ocurriendo. En los primeros años del siglo XXI, las estadísticas recogidas por el PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo)⁶ nos informan unas cifras escalofriantes: de los 6.000 millones de habitantes de la Tierra, 2.500 millones viven con menos de un dólar al día, 2.000 millones carecen de agua y 115 millones permanecen sin escolarizar. Pero la cuestión no sólo es de pobreza sino de inequidad: las 500 personas más ricas del mundo tienen ingresos mayores que los ingresos de las 416 millones de personas más pobres; la inversión anual contra el sida equivale a tres días de gasto militar; un japonés se mantiene vigoroso a los 76 años, siendo su promedio de vida, 82 años. Un habitante de Suazilandia es viejo a los 25 pues su vida promedio es de 32 años.

Según cifras de la UNICEF, como consecuencia de la pobreza muere un niño cada tres segundos y 30.000 por día. En número de víctimas mortales, es una tragedia equivalente a sufrir cada 6 días un Tsunami como el que azotó el sur de Asia el 26 de diciembre del 2.004. Mil millones de personas, uno de cada seis habitantes del planeta, viven hoy en la pobreza absoluta, es decir, con menos de un dólar al día; 842 millones más sufren hambre y los países más pobres son más miserables que hace 10 años. Una situación patética e inadmisible pues en un mundo donde sobra de todo, muere tanta gente por falta de todo. Solamente con el 10% del gasto militar del gobierno de Bush se podría solucionar el hambre en el mundo.

Lo preocupante es que la repartición de la riqueza empeora día a día. En 1.820, la distancia entre pobres y ricos era de 3 a 1; en 1.913, de 11 a 1; en 1.973, de 44 a 1; en 1.997, de 74 a 1. Los 50 más ricos del mundo occidental ganan más que los 2.700 millones de pobres más pobres de la Tierra. Y hoy en día, el 20% de los pobladores de países desarrollados consumen el 86% de los bienes del planeta. Más patético aún es el despilfarro irracional que el modelo americano de vida ha extendido por el planeta. El 1% del gasto en guerras

⁶ Informe del PNUD presentado el 6 de septiembre de 2.005.

permitiría dar escuela a todos los niños del mundo. Mientras que en 1.998 se gastaban el mundo 6.000 millones de dólares en educación básica, 9.000 millones en llevar agua a quienes no la tienen y 17.000 millones en servicios primarios de salud para el Tercer Mundo, los norteamericanos gastaban 8.000 millones en cosméticos, 17.000 millones en comida para mascotas, en Europa gastaban 11.000 millones en comer helados y en Europa y Norteamérica, 12.000 millones en perfumes y 700.000 millones en armamentos. Como si fuera poco, el gobierno de Bush anunció en septiembre del 2.005 que gastaría 104.000 millones en poner cuatro hombres en la Luna en el 2.018.

Todo estaría indicando que la primera posibilidad, aquella conducente hacia una escalofriante autodestrucción del Imperio, es la que actualmente está operando. Pero, los más evidentes indicadores de esa tendencia no están siendo evidenciados solamente por la grave crisis económica y humanitaria que ya vivimos sino porque las primeras catástrofes ambientales generadas por el capitalismo, ya son inocultables y amenazan el futuro de toda la humanidad.

En el verano del 2.003, el drama del apagón en Nueva York se extendió además a Cleveland, Detroit, Toronto y Ottawa, dejando sin energía eléctrica y por lo tanto, sin Metro, semáforos, aire acondicionado, Tv, suministro de gasolina etc. a un amplio sector de población acostumbrada a todas las comodidades que ese modelo de vida demanda a costa de un insensato consumo de energía. En ese mismo verano, Europa vivió una insólita ola de calor que dejó alrededor de 7.000 solitarios ancianos muertos, descubriendo dramáticamente la terrible soledad en que van quedando los habitantes del Primer Mundo, al final de sus días. Ese devastador verano no fue un mero episodio de mala suerte sino uno de los primeros anuncios de las catástrofes que azotarán la Tierra y que, desde la década del 70 y sin resultado alguno, venían siendo advertidos por el mundo científico. Un informe del 2003, del Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático de la ONU, IPCC, que agrupa a 3.000 especialistas, prevé que la temperatura planetaria subirá este siglo entre 1.4 y 5.8 grados. El mismo informe advierte que los 10 años más calurosos del último siglo y medio son todos posteriores a 1987 y los más tórridos, los de 1998, 2002 y 2003.

El término cambio climático es en realidad un eufemismo. Sus perspectivas son tan estremecedoras y sombrías, que merece ser llamado y conocido comúnmente como el "recalentamiento planetario". El actual derretimiento de los casquetes polares, leve aún, anuncian futuras inundaciones de ciudades a nivel del mar como Venecia y creando imprevisibles consecuencias en grandes puertos como Londres, Nueva York, Hong Kong, San Francisco y otras muchos más. Las sequías serían más rigurosas y prolongadas, poniendo en peligro miles de ecosistemas, algunos claves como los de las altas montañas, generando una crítica escasez de alimentos y desatando ciertas enfermedades tropicales en vastos territorios. El recalentamiento planetario ya está incrementando el terrible azote de los huracanes, como los 14 ocurridos en el 2.005 con Katrina y Wilma a la cabeza, y en unos 25 años más adelante, van a aparecer insólitamente en el Atlántico Norte, atacando las frágiles costas de Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda y Alemania. Recargadas anormalmente las nubes, las lluvias van a inundar parte del mundo, disminuyendo la

productividad de la agricultura y expandiendo de paso innumerables epidemias y hambrunas.

La evidente realidad de este próximo futuro ha despertado en numerosas entidades ciudadanas e instituciones públicas y privadas de un considerable número de países, numerosos estudios, programas y propuestas para detener o al menos, disminuir los efectos de estas calamidades. Algunos tratan todavía de calificar como exagerada la alarma que comienza a sentir el mundo. Otros, intentan desviar la atención de sus verdaderas causas, atribuyéndola a la “insensatez de la especie humana” y no, a la depredadora racionalidad de la modernidad capitalista. Pero todas estas iniciativas terminan chocando contra el poder político e ideológico localizado en los gobiernos de los países ricos y, por supuesto, en los que actúan como sirvientes irrestrictos de sus intereses. Si antes de estos primeros efectos resultantes del devastador saqueo a las riquezas y energías planetarias ya estábamos viviendo la tragedia del hambre en el mundo, lo que va a proseguir escapa a la imaginación.

Lo más paradójico del asunto es que mientras Estados Unidos, con el 4.9% de la población del mundo, aporta el 23% de los gases causantes del recalentamiento, América Latina y el Caribe, con el 15% de la población, aporta tan sólo el 6% pero padecerán con mayor rigor sus mortíferos efectos. La explicación es sencilla: el hambre y la inequidad generados por el gran capital en su fase neoliberal actual, empujarán a más y más sectores de población pobre y miserable, a la tala de bosques para la comercialización de la madera o para la producción de coca y heroína. A su vez, el gran capital explotará con mayor rigor y bajos salarios, la mano de obra de los trabajadores y empleados, generando más desempleo, explotación sexual de niños y mujeres, hambre, inequidad y en general, degradación humana inmisericorde, acompañando y multiplicando así los ya graves efectos de las tragedias ambientales que se avecinan. Pero todos estos efectos terminarán deteriorando el sistema por la sencilla razón de que la codicia, que hizo del capitalismo su más efectiva herramienta, jamás se ha detenido ante ninguna barrera de carácter moral o físico.

Dadas las actuales condiciones, ¿es posible pensar que esta codicia encarnada en el triunfante individualismo feroz y narcisista, en vez de acelerar cada vez más los ritmos productivos que viene multiplicando exitosamente sus ganancias, decida mermarlos en beneficio de los demás, como un acto de compasiva previsión humanitaria? ¿Es posible a tiempo, una transformación semejante? No, no lo es, porque entre otras, esa desaceleración voluntaria afectaría la industria bélica que hoy por hoy es su principal fuente de ganancia y porque además, ese armamentismo, constantemente renovado e incrementado, es un terrorismo psíquico poderoso en los planes de dominio y control sobre los demás pueblos de la Tierra. Todo lo cual nos indicaría que, aún las graves catástrofes que se avecinan no lograrán detener la implacable codicia. No hay un solo caso en la historia humana, donde un imperio decida voluntariamente dejar de serlo por razones humanitarias. Se trata de algo imposible por ser antagónico a la esencia de toda dinámica imperial.

Nos queda por analizar la segunda posibilidad. Ella supone que los visibles efectos de la injusticia impuesta sobre el mundo, irían penetrando en la conciencia de los pueblos hasta el punto de rasgar la imagen seductora del modelo de vida imperial. Supuestamente, esa rasgadura abriría la conciencia hacia otras posibilidades insospechadas y en consecuencia, daría lugar al surgimiento de una alianza creciente y sólida de numerosos pueblos en torno a la supervivencia. Diecisiete años después de la caída de la Unión Soviética y tras el devastador impacto de semejante derrumbe, en el ámbito mundial y particularmente en América Latina comienzan a emerger sorpresivamente las posibilidades de una ética diferente: la ética de la solidaridad.

El incremento progresivo de huracanes, lluvias, sequías y demás efectos impuestos por el recalentamiento planetario, pondrá en inocultable evidencia tanto los verdaderos resultados ambientales del individualismo entronizado como paradigma moral, como su insolidaria ferocidad cuando las fuerzas de la Naturaleza vayan deshilvanado las redes de comunicación e información que sostienen el sistema y cuando todas las arquitecturas y los aparatos que distinguen los estatus y los éxitos sea ruinas que flotan o emergen de los lodos. Los vergonzosos hechos de insolidaridad, anarquía, egoísmo, injusticia, rapacidad y crimen, desatados con el paso de los huracanes Katrina y Wilma, sobre el sur de los EE.UU. han demostrado cuál es la verdadera realidad cuando la codicia es entronizada e institucionalizada bajo los paradigmas de individualismo y liberalismo económico. La debilidad del gran coloso norteamericano comienza a ser visible en su economía, en su maniobrabilidad política interna y externa, en sus recursos energéticos, algo demasiado grave, y finalmente, en su imagen de poder imperial. Por el contrario, la solitaria y exitosa respuesta del pueblo cubano frente a los grandes huracanes tropicales ha sido un claro ejemplo de solidaridad y sensatez en estos nuevos y agitados tiempos. El heterogéneo, pero no por ello importante movimiento mundial en torno al lema denominado "Otro mundo mejor es posible", ha sido otro luminoso faro hacia la necesidad de la unión entre los pueblos. Las invasiones realizadas por el gobierno de Bush en Afganistán e Irak, están demostrando cómo, a pesar de su aplastante poderío militar y económico, el Imperio es cada vez más débil, su ilegitimidad crece como decrece su capacidad política de manejar y dominar el mundo.

Como nunca antes en la historia del capitalismo, en todos los rincones de la Tierra los pueblos se están levantando con entusiasta creatividad y con claridad cada vez más certera sobre nuevas y diversas formas de organización social a seguir. El más reciente caso, la XIV Cumbre del NOAL, Movimiento de Países No Alineados, con la presencia de 116 países reunidos en la Habana, se constituyó indiscutiblemente en el más importante bloque planetario, después de las Naciones Unidas, pues abarca la casi totalidad del mundo en desarrollo. Además, el NOAL representa casi dos tercios de los miembros de las Naciones Unidas, cinco o seis miembros de los diez miembros no permanentes del Consejo de Seguridad y cada vez más ninguna decisión de la Asamblea General de las Naciones Unidas se puede adoptar sin contar con un número mayoritario de países miembros del NOAL.

La segunda posibilidad se está abriendo camino. Cuando el imperio está llevando su entrañable insensatez hacia su propio debilitamiento y autodestrucción, la acción solidaria, organizada y efectiva de un centenar de países, podrá detener su mortífera marcha a tiempo. Nunca se dio semejante posibilidad a todo lo largo del siglo XX. Entre las fábulas de la Edad Media Europea estaba aquella de un mítico monstruo que después de devorar casi todo su entorno, cayó en cuenta que se iba a morir de hambre y no le quedó otra opción que comenzar a devorar su propia cola. Como el dolor y el hambre debilitaban cada vez más su destructiva ferocidad, unas pocas avispas sobrevivientes lo remataron a tiempo con estratégicos aguijonazos. La irreversible situación autodestructiva que vive el capitalismo, le abre certero camino a esta posibilidad. Todo indica que los aguijonazos finales estarán a cargo de los devastadores efectos ambientales y ecológicos que él mismo ha creado.

BIBLIOGRAFIA.

BAGÚ SERGIO, *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina*, Buenos Aires, 1949.

BARROS VICENTE, *El cambio climático global, ¿cuántas catástrofes antes de actuar?*, Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2007.

DIERCKXENS WIM, *El ocaso del capitalismo y la utopía reencontrada*. Ediciones Desde Abajo, Bogotá, 2003.

DIERCKXENS WIM, *La crisis mundial del siglo XXI: Una oportunidad de transición al poscapitalismo*, Ediciones Desde Abajo, Bogotá, 2008.

GALEANO EDUARDO, *Las venas abiertas de América Latina*, Bogotá 2.000, Ediciones Tercer Mundo, Bogotá, 2000.

GOW DAVID D., *Replanteando el desarrollo: modernidad indígena e imaginación moral*. Editorial Universidad del Rosario, Bogotá, 2010.

TOCQUEVILLE ALEXIS, *La democracia en América*, Garnier Flammarion, Paris, 1981